

EUGENIA ALMEIDA

LA TENSION
DEL UMBRAL



Parte de esta novela fue escrita en la Villa Départementale Marguerite Yourcenar, Centre de résidence d'écrivains européens bajo el patrocinio del Conseil Général du Département du Nord (Francia). Mi agradecimiento personal a todos los integrantes del equipo de la residencia, especialmente a Annick.

Los sucesos, las historias de las que queríamos ser sólo
testigos, actores secundarios, a veces narradores, un día
arrojan sobre nosotros el espectro de su evidencia.

François Emmanuel

—¿Para qué?

—¡Para cubrirlo!

—Es un suicidio.

—Etiología dudosa.

—Suicidio.

—¿Un tiro en el pecho en plena calle te parece poco?

—No se va a publicar.

—Vos andá. Tomá nota y después vemos.

Guyot agarra la campera y baja hasta la puerta. Cuando sale del diario se detiene. Alguien, cerca, prepara caramelo. El perfume se pega al cuerpo como una huella.

Doce cuadras son suficientes, a paso moderado, para quietarse, para preparar los ojos, para dar tiempo a que la policía haya retirado eso. Eso.

Sobre el puente, un retén controla papeles y los autos se amontonan. Desde las ventanillas aparecen brazos airados, inquietos, violentos. Los insultos se repiten como una música. Las bocinas explotan, un fuego pequeño que se levanta sobre el río.

Mete las manos en los bolsillos. Va curvando la espalda para evitar el viento, pero esa furia de tierras, papeles y gritos se le embolsa en el pecho.

Ocho cuadras. La mano busca un paquete de cigarrillos que no está ahí. La memoria borra el recuerdo de una renuncia. La ausencia delata, otra vez, siempre lo mismo: ya no fuma.

A una cuadra puede oírse un hormiguero que pone en guardia; el repicar de los humanos ante el abismo. Mezquino, monstruoso, hambriento del dolor ajeno.

Eso todavía está ahí.

Un agente despliega la cinta para alejar a los curiosos. Por atrás viene un cabo, puro pecho.

—Atrás, atrás. No es para ver. Se van.

La gente retrocede unos pasos. Ven fragmentos, trozos, retazos. Ven la mancha, parte del metal, las botas que van de acá para allá, la serenidad de comprobar que, hoy, lo horrible pertenece a otro.

Necesita un motivo, una razón que le permita alejarse de esa escena. Se acerca a uno de los policías.

—¿El comisario está?

Sin levantar la vista, el otro grita:

—¿Jury llegó?

—¡Allá! —dice uno señalando la esquina del bar.

Guyot camina. Cuando pasa al lado de la gente, justo al borde de los tapados, los sacos, los zapatos, alguien gira y lo deja frente a lo que no quería ver.

El hueco, perfecto, en el pecho; un dedo aún rozando el arma; los ojos intactos, enormes, la mano izquierda

vuelta hacia abajo en una posición extraña. Unos metros más allá, una mancha se repite muchas veces, reproduciendo la huella de una bota.

En la puerta del café aparece Jury.

—Qué hacés.

—Me mandaron del diario.

—¿Van a publicar?

—Quizá.

—Estamos buscando testigos.

Guyot levanta la vista hacia el tumulto.

—Esos vinieron a mirar. Llegaron después.

—¿Ustedes están hace mucho?

—Como una hora. Pero la ambulancia no llega. Cortaron el puente. Ya llamé para pedir que abran. Esos boludos nos traban toda la ciudad para hacer multas. Y yo me quedo acá, con esto...

—¿Me das algún dato o voy a la comisaría?

—Parece que se paró frente a la puerta del bar y esperó un rato. Unos minutos después, salió un tipo. La piba le apuntó. El tipo no reaccionó. Parece que ella dijo algo. Lo seguía apuntando. Cuando él hizo unos pasos, ella se apoyó el arma en el pecho. Y disparó.

—¿Hablaste con el tipo?

—Eso es lo raro. Había hecho sólo unos pasos. Y aunque escuchó el disparo, se fue. Enseguida salieron los del bar. Dicen que no lo conocen. Estoy seguro de que es cliente.

—¿Entonces?

—No va a volver. Hay un mozo con ganas de hablar pero mientras su jefe esté por acá no va a decir nada. Ya

lo voy a citar. Ahora Rodríguez está haciendo una lista de la gente que andaba cerca.

—¿Esto te lo dijeron en el bar?

—No, el del quiosco de diarios. Hay una señora, también. Le agarró una crisis de nervios y no deja de llorar. Cuando se calme, vemos. ¿Van a hacer fotos?

—Sabés que no. No creo que publiquen. No sé para qué mierda me hacen venir acá a meterme eso en los ojos. ¿Tenés la edad?

—Le calculo treinta.

—¿Datos?

—Ahora se van a poner con eso. Tenía papeles en la cartera. Quise ver primero lo del bar. ¿Te quedás?

—¿Vas a tardar mucho?

—En cuanto llegue la ambulancia me voy. Tengo que estar acá porque estos boludos hacen cagada tras cagada. Velasco pisó sangre y dejó huellas por todos lados.

La sirena rompe algo, en el cielo. Un morocho sonriente abre la puerta y baja de un salto. Se acerca a ver; resopla y vuelve a subir a la ambulancia para dar marcha atrás y dejar la boca trasera abierta. El comisario Jury lo saluda con la mano, el morocho levanta los brazos y se da vuelta para meterse entre la gente. Velasco se ha puesto brusco y los que miran retroceden.

—¡Poneme otra cinta más lejos, Rodríguez!

El chaqueño sale al trote a obedecer la orden.

Guyot espera. Mira cómo los camilleros tapan, envuelven, levantan y cargan. Jury le hace una seña que no llega a entender.

–¡Que vengas que te llevo! –grita el otro después de un par de miradas confusas.

Por tercera, por cuarta, por quinta vez en el día, Guyot corre despacio.

Cuatro bancos de madera mordidos por las navajas que han ido dejando nombres, fechas, huellas. La gente nunca se apoya en el respaldo. Los bancos en los hospitales, en las comisarías, no permiten reposo.

Al fondo a la izquierda, tres escritorios de metal verde donde los papeles se apilan, se manchan, envejecen. Todos con un vidrio grueso sobre el metal. Esquineros plateados con tornillos que giran en falso.

Romero toma las declaraciones. Se ocupa de oír, con la cabeza inclinada, y de ir escribiendo lo que la gente dice, ya traducido al lenguaje que domina la comisaría; un idioma hecho de frases desplazadas, de nudos subordinados que simulan mantener al margen la verdad. *El diciente manifiesta que habiéndose encontrado con su vecino, Lisandro Revol, DNI 23.542.933, de 36 años, domiciliado en Rufo 54 de esta ciudad, el mismo se dirige a él para manifestarle su intención de...*

Las violencias se folian, se numeran, se archivan. Romero escucha. Espera el final del relato para hacer las preguntas. Es el único que redacta los informes dos veces. La primera: un boceto. La segunda: lo definitivo. Durante el tiempo que estalla entre la última pregunta y la firma de la declaración final, ofrece mate cocido

en vasos de plástico. La gente los toma desde arriba para no quemarse, los soplan, esperan hasta que pueda nacer el primer trago. La impresora a matriz de punto atraviesa la mañana. Resuena. Grita.

A veces Núñez toma declaraciones. Pero se impacienta, interrumpe, aspira a poder escribir mientras el otro habla. Romero ya le ha dicho que es imposible. Jury le ha encargado algunas declaraciones en el último mes y quiere hacerlo bien. Rápido y bien. Se resiente cada vez que Romero se acerca para decirle algo.

–Vos los tenés que escuchar, primero. Escuchás bien y después preguntás.

–Y así tardás el doble. Yo no soy oficinista.

– Sí, sí. Pero esto también es parte.

–Vos hacé como quieras. Yo lo hago rápido y se lo entrego a Jury cuanto antes. ¡Te pasás el día entero entre papeles!

La cercanía con Romero lo está volviendo loco. Ha pensado en pedir el traslado. Puede ser contraproducente, pero no soporta sentir cómo sus músculos se van aflojando.

La noche anterior tardó en dormirse. Dio vueltas hasta las tres. Tomó una decisión: hablaría con Jury; pediría que le den cualquier tarea, cualquiera. Pero lejos de Romero. Explicaría por qué. Qué es lo que él puede ofrecerle a la Fuerza.

Al entrar a la comisaría sintió el aire pesado y turbio. La velocidad de los pasos le dijo que había algo, por fin algo. Se acercó al escritorio de Rodríguez.

—¿Qué?

—Vamos saliendo.

—¿Robo?

—Suicidio.

La alegría dura ocho letras. No hay nada. Sólo la rutina sucia de entrar a una casa, apartar a una familia desesperada, descolgar o levantar un cuerpo. Flashes de fotos mientras se intenta ver todo y no tocar nada. Cuerpo cubierto saliendo. La esperanza de que no haya escaleras. Una eventual lucha para encajar eso en un ascensor. Oídos sordos para un aullido, unos pasos más allá. Entre hora y hora y media. Nada.

Recoger papeles de una mesa. Tomar nombres en una libreta. Salir.

Está yéndose cuando entiende que no. Que por un suicidio nadie se apura. Que el culpable y la víctima nunca abandonan la escena del crimen. Eso entiende: el vértigo de la comisaría es extranjero.

—¿Y por qué tanto lío?

—Un balazo, en medio de la calle.

La ilusión vuelve, un insecto monstruoso que crece y se instala y clava sus patas en el cuerpo de Núñez.

—Eso no es suicidio, Rodríguez.

—Es. Es. Tenemos que ir enseguida porque se está juntando gente. Velasco salió hace un rato.

Jury abre la puerta de su despacho y recorre los escritorios con la vista. Núñez se endereza, un soldado de plomo, la esperanza de que esa mirada lo elija.

—Rodríguez, venís conmigo. Núñez, quedás a cargo. Cualquier cosa, le pedís ayuda a Romero.

Toda la mañana esperando que vuelvan. La demora le hace saber que hay algo más. Eso lo pone nervioso. Jury, Velasco y Rodríguez pueden disfrutar del aire frío, de la calle. Él está estaqueado al escritorio, contando los minutos.

Tuvo que atender a una vieja porque Romero estaba en el baño. Hizo todo lo posible para detener la retahíla de quejas y lamentos pero no hubo modo. La vieja sacaba papeles de la cartera, los desdoblaba, los estiraba y los alisaba con la palma de la mano sobre el mostrador de la recepción.

Tres veces le dijo: “enseguida la atienden”. Pero ella no paraba: nombres, fechas, datos mordidos por la memoria.

Finalmente entendió. Ahora está sentada en el banco de madera cerca de la puerta. Romero se demora a propósito, piensa Núñez. No deja de mirar el pasillo que lleva al baño. La vieja saca un pañuelito arrugado de la manga izquierda de su saco. Se lo pasa por los ojos. Vuelve a guardarlo.

Allá, al fondo, se oye el ruido del agua que corre y aparece Romero, con el pelo húmedo, recién peinado, los ojos limpios.

—Pensé que ibas al baño y volvías. No que te ibas a quedar una hora. Te esperan.

Núñez sigue con la vista el procedimiento y el método que detesta: Romero le da la mano a la mujer, le señala el escritorio, la deja pasar primero, retira la silla y luego la acerca para que ella se siente. No podría decir cuál de todos esos movimientos es el que más le repugna.

La vieja se ha puesto a hablar de su hija, que vive en Resistencia, y Romero se ha quedado escuchando como si no hubiera trabajo pendiente, como si no hubiera un cuerpo, una bala, un muerto en la plaza del Bajo.

Y va y le pregunta cómo fue que su hija se volvió a Chaco y la vieja empieza a contar una historia que amenaza con ser eterna.

Ya no soporta:

—Andá cerrando, Romero, que enseguida llegan los otros.

Lo ve arrimarse un poco más a la vieja. Lo escucha decir:

—Disculpe, pero es cierto. Van a venir mis compañeros y voy a tener que ponerme con eso. Si me espera un minuto, paso la declaración y usted la firma.

La mujer ha preguntado por “el hecho”. Aunque sólo se ha dicho la palabra “suicidio”, ella se desbarranca en un monólogo sobre la muerte. Núñez quisiera golpear a Romero, que se ha quedado ahí, como un estúpido, escuchando.

Decide salir. Se para en la puerta. Mira los autos que pasan. Un rato después, la voz chillona de la vieja le grita:

—Permiso, joven.

Llegan todos juntos. Jury viene con Guyot y lo hace pasar a su escritorio.

—Vas a ponerte a ordenar todo, Núñez. Quedás a cargo de las declaraciones.

La mueca de fastidio es imposible de contener y Jury la recibe con desagrado.

—Qué.

—Justo quería hablar con usted de ese tema.

—¿Qué pasa?

—Para ese trabajo el mejor es Romero.

—Es cierto.

—Si a usted le parece, yo puedo aportar algo en lo de balística. He estado estudiando.

—Eso lo hacen los de balística.

—Sí, pero puedo revisar si todo está bien, ir supervisando.

La palabra queda en el aire. El que la dijo sabe que debería arrepentirse. El que la oyó sabe que ahora todo gesto es posible salvo la omisión.

—Vas a supervisar, Núñez, vas a supervisar. Estás a cargo de todas las declaraciones que tome Romero. Él las toma, vos las revisás.

—Discúlpeme pero Romero tiene un ritmo de trabajo que...

Jury hace un ruido con los dedos. Una forma particular de cerrar la mano. Todos saben que esa música marca un límite.

—Te acoplás a ese ritmo y listo.

La puerta se abre para dejar pasar a una vieja que tiembla, a un hombre de bigotes, a un muchacho con camiseta a rayas, a un tipo de camisa blanca y zapatos negros y, atrás, finalmente, a Velasco, que ordena a la gente como si fueran paquetes que luego habrá que subir a un camión.

Romero se acerca.

—Decime...

Núñez se atraviesa, Jury está en su escritorio, hablando con Guyot.

—A mí me dice.

—¿Vas a tomar vos las declaraciones?

—Vos. Yo superviso.

—¿El jefe te puso a cargo?

—¡Claro! Así que la responsabilidad la tengo yo. Apurate.

—Necesito que me digan un poco...

—No, no, no. Velasco me explica a mí. Vos andá preguntando y después me informás, así ganamos tiempo.

—Si no sé nada es imposible.

—Andá. Andá.

Romero mira a los que esperan.

—Yo no puedo estar acá todo el día —grita el tipo de la camisa blanca.

La elección decanta sola.

—Voy a hablar con la señora primero. Va a tener que esperar.